



El martirio de los diez mil cristianos.

ALBRECHT DÜRER

Fidelidad al camino de Jesús

El martirio ¿es algo del pasado o del presente?

Pedro Trigo, s.j.*

Cuando nos hablan de martirio generalmente lo percibimos como algo bueno porque la persona está dispuesta a dar su vida por defender una creencia. De lo que no nos percatamos es que el martirio es un asesinato y que si hay que glorificar algo es al mártir no al acto. A propósito de que el 24 de marzo se cumplen 34 años del martirio de Monseñor Romero, no está de más profundizar sobre este tema

La primera respuesta es el adagio escolástico: *de facto ad posse valet illatio*, que significa: si algo ha sucedido, es que puede suceder; si en las décadas pasadas ha habido martirios, sobre todo en América Latina y en África, es que el martirio no es cosa del pasado. Pero de todos modos falta explicar por qué es así. Es lo que vamos a hacer a continuación.

NO HAY QUE GLORIFICAR EL MARTIRIO

Ante todo hay que decir que el martirio es siempre un asesinato. Y Dios no quiere que ningún ser humano mate a otro ser humano. Todo ser humano es sagrado y merece respeto. Por eso Dios no quiere que haya mártires, no quiso que su Hijo fuera ajusticiado en la cruz y no quiere que sus cristianos sean asesinados. Es una blasfemia afirmar que Jesús vino al mundo para morir en la cruz. En matar a Jesús no hubo nada bueno: sacrificar a Jesús fue el acto más negativo que ha habido en la historia. Así pues, no hay que glorificar el martirio. Aunque sí a los mártires. Es lo que vamos a explicar.

EN SENTIDO LITERAL, TODOS ESTAMOS LLAMADOS A SER MÁRTIRES

En vez de asumir sin más el sentido establecido de mártir que, según la academia de la lengua es, en su primera acepción, “persona que padece muerte por amor de Jesucristo y en defensa de la religión cristiana”, seguiremos el camino más largo, pero también más complejo e integral, de ir desentrañando su sentido desde su acepción etimológica. *Martyr* es una palabra griega que significa testigo, así que no es cristiano consecuente quien no lo sea. El cristiano es testigo del reinado de Dios que inició Cristo y que consiste en la vida fraterna de las hijas e hijos de Dios como camino hacia el Reino: el mundo donde habite la justicia y Dios sea todo en todos.

La relación entre testimoniar el reinado de Dios y Jesús de Nazaret es la siguiente: como creaturas no somos hijos de Dios, porque el Creador le da a la creatura el ser de ella, mientras que el Padre le da su propio ser. La diferencia entre que Dios nos dé nuestro ser a que nos dé su mismo ser es infinita. Dios tiene un único Hijo eterno. Este Hijo se humanó, se hizo uno de nosotros para hacerse nuestro hermano, para llevarnos a todos en su corazón y así hacernos

participes de su relación con su Padre. Si Jesús nos posibilita vivir como hijos de Dios y como hermanos en Cristo, contemplándolo sabremos cómo vivir como hijos de Dios y como hermanos de los demás y siguiéndolo nos convertiremos en hijos de Dios y en hermanos de los demás. Así pues, no se puede ser testigo explícito de Jesús, seguirlo conscientemente, sin contemplarlo en los evangelios.

Ahora bien, seguir a Jesús no es imitarlo. Consiste en hacer en nuestra situación lo equivalente de lo que él hizo en la suya. ¿Por qué no es hacer lo mismo, sino lo equivalente? Porque nuestra situación es distinta de la suya. Ahora bien, para poder hacer lo equivalente necesitamos conocer tanto la actuación de Jesús en su situación (para lo que es imprescindible la contemplación de los evangelios) como nuestra situación (para lo que es imprescindible la encarnación consciente y solidaria en ella).

Pero, ¿de dónde sacaremos fuerzas para hacer lo equivalente? Solo se puede ser seguidor de Jesús y, por ende, testigo del reinado de Dios, si estamos animados por su Espíritu y nos dejamos llevar por su impulso, obedeciéndolo. Jesús resucitado derramó su Espíritu sobre toda carne. Por tanto, todos podemos ser testigos del reinado de Dios que él inició. Pero tenemos que estar atentos para sentir hacia dónde nos mueve el Espíritu y, sobre todo, tenemos que obedecer su impulso.

En este sentido literal y radical, todos estamos llamados a ser mártires.

EL COSTO DE SER MÁRTIRES

Hay dos dificultades estructurales en el seguimiento de Jesús que hacen ver la dificultad de ser mártires: la primera es la de vencer en sí mismo, tanto la propensión al autocentramiento y, consiguientemente, a dejarnos llevar por la pasión dominante, como la inercia, la propensión al estado de reposo, la dificultad de poner incesantemente acciones que nos lleven más allá de nosotros mismos.

La segunda dificultad es que ser testigo de Jesús no consiste solo en hacer el bien, sino en luchar contra el mal ya que su vida pudo resumirse diciendo que “pasó haciendo el bien y liberando a todos los afligidos por el mal” (Hch 10,38). Ahora bien, esto último es, cuando menos, incómodo y molesto, frecuentemente se hace muy duro y, no pocas veces, tiene costos

muy difíciles de pagar. Porque el mal no es solo el mal físico: enfermedades, desgracias, minusvalías; muchas veces es el mal causado por seres humanos y a veces es un daño estructural: derivado de reglas de juego injustas e injustamente aplicadas. Quien se arriesga a hacer el mal de este modo, ordinariamente se arriesga también a llevarse por delante a quien se oponga a ese mal. Por más que se trate de evitar confrontaciones y aunque nosotros no luchemos con las mismas armas que ellos ya que excluimos imponernos a la fuerza y, más todavía, matar, si como Jesús somos testigos de la verdad y nos metemos a redentores, saldremos de un modo u otro crucificados.

A veces los de arriba tienen tanto poder que se limitan a ignorar a quien lucha contra el mal. Lo más, se ríen de él o lo ridiculizan y, por supuesto, lo dejan de lado: un cero a la izquierda. Si les parece que sigue haciendo ruido, lo estigmatizan. Si la cosa sigue, lo ponen fuera de juego. No quieren llegar a más porque tienen muy claro que no hay que hacer mártires; pero, si es preciso para que todo siga igual, no les tiembla el pulso para quitarlo del medio.

RELACIÓN INTERNA ENTRE TESTIGO Y MÁRTIR Y FACTORES DE LOS QUE DEPENDE QUE EL TESTIGO ACABE EN MÁRTIR

Ahora bien ¿qué relación intrínseca hay entre ser testigos, tal como hemos explicado, y ser mártires en el sentido técnico de la palabra, es decir, dar la vida por Jesús y su evangelio, que es el reinado de Dios? Formulado de este modo el martirio es consecuencia necesaria del testimonio: todo testigo consecuente de Jesús da su vida por él y por su evangelio, es decir, se esfuerza por vivir en todos los aspectos y circunstancias de la vida como verdadero hijo de Dios y como verdadero hermano de todos sin excluir a nadie. Se es testigo no solo en la vida privada, familiar y de amistades, sino en el trabajo, en la sociedad y en la política, lo mismo que en el descanso y la fiesta.

Ahora bien ¿qué relación hay entre que uno dé su vida y que se la quiten violentamente? Comencemos por Jesús. La relación es necesaria, si como suele suceder, se vive en una situación de pecado y los que la usufructúan no quieren convertirse a la fraternidad de las hijas e hijos de Dios. Llamamos situación de pecado a unas estructuras, instituciones e ideología que hacen

enormemente difícil vivir como hijos de Dios y como hermanos de todos desde el privilegio de los pobres y sin excluir a los diferentes. En el caso de Jesús las autoridades religiosas y políticas y, más en general, los de arriba no se convirtieron al proyecto del reinado porque no querían vivir como hijos de Dios porque se habían endiosado a sí mismos, ni como hermanos de los demás porque buscaban de modo absoluto su propio provecho a costa de todo, sin pararse en empobrecer a los demás y en llevárselos por delante si se oponían a sus designios. Como Jesús no solo proclamaba ese mundo fraterno de los hijos de Dios, sino que conducía sin prisa y sin pausa hacia él empezando por los sobrecargados y abatidos, muchos de los cuales logró que se pusieran en pie, se posesionaran de su propia dignidad, cobraran esperanza, se encontraran entre sí y se movilizaran, quienes basaban su poder en la desesperanza, resignación y desmovilización de los de abajo, vieron un peligro en el ascendiente de Jesús e intentaron desprestigiarlo, pero como no lo lograron, no tuvieron más remedio que quitarlo del medio para que todo siguiera igual.

Ahora bien, Jesús fue mártir del reinado de Dios porque quienes lo asesinaron tan brutalmente no lograron reducirlo a la condición de víctima. Si Jesús hubiera muerto lleno de terror o de rabia o echándose a morir para que se acabara cuanto antes la tortura, (eso significa ser psicológicamente víctima: la contracara del victimario) no habría sido mártir, sino un caso más de la consabida crueldad de la historia, una historia inhumana, de pecado. Fue testigo del reinado de Dios porque precisamente en la tortura culminó su condición de Hijo ya que no se entregó resignado a la muerte, sino que se entregó confiado a su Padre a pesar de que sentía su ausencia, y culminó también su condición de hermano porque murió llevándonos a todos en su corazón y pidiendo a su Padre por sus asesinos.

Así pues, mártir es no solo quien muere a manos de los endiosados insolidarios que lo tienen que matar para que no ponga en peligro su dominio, sino quien muere sellando en su muerte esa solidaridad fraterna y ese amor a los enemigos que es el sello de las hijas e hijos del Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Así pues, el que dar la vida, que es lo propio de todo testigo consecuente, acabe en que le quitan la vida, depende del grado en que la ac-

ción de los testigos ponga en peligro el dominio injusto e inhumano de los opresores endiosados. Y esto a su vez depende tanto de la profundidad del influjo de los testigos, como de la solidez del dominio de los opresores.

LOS CRISTIANOS LATINOAMERICANOS DE MEDELLÍN Y PUEBLA, EJEMPLO DE TESTIMONIO QUE ACABA EN MARTIRIO

Desde la segunda mitad de los años sesenta a la segunda mitad de los ochenta se dio en América Latina la combinación de dos procesos que resultaron insoportables para los de arriba y por tanto explosivos: el éxodo del campo a la ciudad que cambió radicalmente el mapa humano de América Latina y el proceso de modernización. Sin el primero habría sido imposible el segundo. El primero constituye una gesta sin precedentes en Nuestra América que será recordada y cantada por generaciones futuras. La prestancia de los campesinos, su capacidad de aprendizaje para asumir la modernidad y contribuir a ella cualitativamente en trabajos especializados y tomar conciencia de su condición de ciudadanos con sus derechos y dignidad, y de organizarse para reivindicarlos, fue tan vertiginosa que tuvieron que insurgir los regímenes de Seguridad Nacional para quebrar su resistencia a sangre y fuego y obligarlos a rendirse a la situación subordinada que las élites les reservaron para que no se quebrara la correlación de clases que venía desde la colonia. Con esto quedó patente que la democracia era la fachada, que lo buscado de modo absoluto era mantener el orden establecido, que había que mantenerlo antidemocráticamente porque no era orden, sino desorden establecido.

Ese despertar del pueblo coincidió con el despertar de la Iglesia que volvió al evangelio y empató con los fundadores de nuestra Iglesia que, a diferencia de los que vinieron después, no se resignaron a la contradicción entre la fraternidad cristiana entre indígenas y españoles, por ser todos cristianos, y la constitución de la sociedad señorial que los relegaba al estatuto de siervos. Como entonces, se dio un encuentro histórico entre la Iglesia y el pueblo posible porque la institución eclesiástica entró en el pueblo considerado por ella mayor de edad en la sociedad y en la Iglesia, porque lo era ante el Dios de Jesucristo. Esta Iglesia propició un proceso decidido y creativo de encarnación kenótica en



Mural de Óscar Romero en la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales de la Universidad de El Salvador

seguimiento de Jesús de Nazaret como modo de situarse ante nuestra realidad, equivalente del modo como se situó Jesús en la suya.

La fecundidad de esa alianza con el pueblo y con los solidarizados con él fue tanta que una parte muy cualitativa del pueblo asumió su condición eclesial, contempló a Jesús en los evangelios y de este modo se fortaleció la conciencia de su dignidad y de su fraternidad solidaria. Fueron las bodas de oro entre la institución eclesial y el pueblo de Dios y muchos profesionales solidarios. La marca más evidente de su carácter evangélico fue la alegría que todos concibieron en este encuentro realmente histórico.

La consecuencia fue la misma de Jesús: una agresiva campaña de calumnias por parte de la oligarquía y de la CIA, coreada por la mayoría de los *massmedia*, que surtió efecto en el Vaticano y en obispos timoratos y en gente de orden que no quería abrir los ojos a la situación de violencia institucionalizada. Como la campaña no hizo mella en la gente popular y en muchos sectores profesionales, se pasó a la persecución sistemática. Entonces vino el martirio masivo. Tres obispos mártires (Angelelli, Romero, Gerardi), casi cien, entre curas y religiosas y muchos miles de catequistas, animadores de comunidades, servidores de la Palabra, en suma cristianos activos de a pie. Hay que remontarse al imperio romano para constatar una persecución tan masiva, pero con la diferencia que la del imperio

fue durante muchísimo más tiempo y, sobre todo, que fue una persecución de paganos a cristianos mientras que los perseguidores latinoamericanos se llamaban a sí mismos cristianos y decían defender a la sociedad occidental y cristiana.

DOS RAZONES DE POR QUÉ NO HAY HOY MÁRTIRES EN AMÉRICA LATINA

Dios quiera que me equivoque, pero estoy persuadido de que la marcha atrás de la Iglesia latinoamericana que, aunque una minoría continúe en fidelidad creativa la línea de Medellín y Puebla, en su mayoría abandonó la encarnación entre los de abajo, la inserción en su mundo, y se encuentra refugiada en el pietismo y el corporativismo, se debe al miedo instintivo a que si continuaban en el camino de seguir al Jesús del evangelio, se iba a acabar de un modo u otro compartiendo su pasión. Por eso la reinstitucionalización, tanto la mayoría del clero secular como de la vida religiosa; por eso la reinstauración de la alianza con las clases dirigentes como financiadoras de sus proyectos caritativos y sociales; por eso la tácita desautorización de la denuncia profética, tildada de inoperante y de inoportuna porque impide la *advocacy*, que es lo que está de moda, olvidando que implica la convalidación del sistema fetichista al que pertenecen las instancias de poder ante las que se aboga.

Así pues la primera razón de por qué no hay hoy mártires entre nosotros es, Dios quiera que me equivoque, por nuestra infidelidad como Iglesia, oculta a nosotros mismos.

Pero, sobre todo, hoy no hay mártires porque las crisis han probado el poder de los grandes financistas que no solo no han salido de ellas debilitados, sino que han logrado que los gobiernos carguen sobre los hombros del pueblo las pérdidas que ellos causaron convirtiendo la crisis en ocasión de ganancias y, más todavía, de consolidación de su poder. Esto ha sido así porque el pueblo no ha contado con líderes que le hagan ver que otro mundo es posible y que el miedo es el arma de los de arriba porque los mantienen como individuos sueltos y les impide ver la fuerza de su unión.

Ahora bien, para que se consolide esa unión es indispensable una liberación interior. Para eso vivió y murió Jesús de Nazaret: para hacernos ver que el dilema con el que nos doblegan no

es tal, como dice los Hebreos, vivió con autenticidad la tortura “para liberar a todos los que por temor a la muerte pasaban la vida entera como esclavos” (2,15). Los de arriba nos dicen, si no haces como todos, si no te pliegas a lo establecido, vas a hacer el ridículo que es la muerte más pequeña, o te vas a quedar solo y desprotegido que es un género de muerte mayor, o te vas a quedar sin trabajo, sin recursos para vivir que todavía es más grave, o te pueden descalificar públicamente e incluso agredir, o te van a matar, cosa que no tiene remedio. A nivel de proyectos e instituciones se nos dice, de igual modo: si te empeñas en esa dirección alternativa, la institución no va a ser viable; lo mejor es enemigo de lo bueno, tienes que sacrificar tu radicalidad evangélica para el bien no de la institución, sino de aquellos a los que ella sirve. Argumentos todos que suenan muy respetables.

Solo es libre quien, como Jesús, no acepta el dilema y se expone con paz interior a hacer el ridículo o a cualquiera de las consecuencias con que nos amenazan, porque ha elegido seguir el camino de la fraternidad solidaria de las hijas e hijos de Dios, relativizando todo lo demás. Este es el camino de la fidelidad evangélica.

MONSEÑOR ROMERO, EL MÁRTIR JESUÁNICO: MURIÓ POR LA CAUSA DE JESÚS

Pongamos el caso de Romero. Él quería ser testigo de Jesús y quería serlo hasta el punto de dar su vida en ese empeño. Él quería sinceramente que eso fuera lo absoluto y lo demás fuera verdadera expresión de ese absoluto. Sin embargo, pensaba que muchos curas y, sobre todo, religiosos y religiosas, estaban yendo demasiado lejos en su solidaridad y defensa de la gente popular. Creía que a pesar de su buena voluntad estaban contaminados por la ideología y la lógica marxista o, por lo menos, izquierdista.

La muerte de Rutilio Grande le abrió los ojos. Él había sido compañero suyo desde que eran seminaristas y se estimaban mucho mutuamente. También de él pensaba que iba demasiado lejos en su defensa del pueblo; pero no dudó nunca de su raigambre evangélica. Por eso cuando lo mataron él vio claro que había muerto por la causa de Cristo y quiso solemnizarlo estatuyendo que ese domingo se celebrase únicamente la misa en su honor, para que quedara claro dónde estaba la Iglesia.

Entonces vio claro que quienes no lo secundaron lo hacían porque habían absolutizado el orden establecido y solo aceptaban lo que del cristianismo cupiera en él. Lo habían absolutizado porque el gobierno y la opinión pública, en poder de los de arriba, no se empeñaron en esclarecer su muerte y castigar a los culpables dando así por asentado que esa muerte era parte del costo social de preservar el desorden establecido.

Entonces tomó él el relevo del mártir, cada vez más decidida y consecuentemente. La calidad evangélica de su opción se vio en que nunca dio por perdidos a los enemigos del pueblo y en que condenó la violencia de ambos lados y ofició funerales por unos y otros. Pero siempre desde la perspectiva de los oprimidos, que no era lo mismo que de las organizaciones revolucionarias. Esa opción lo llevó finalmente a ordenar en nombre de Dios a los soldados que no dispararan contra el pueblo. Con eso selló su suerte. Y quedó claro el carácter fetichista de ese pretendido orden social apoyado criminalmente por los Estados Unidos.

Hoy, como hemos dicho desde el comienzo, no tenemos que querer que se repitan esos casos; tenemos que querer, por el contrario, que cesen los asesinatos. Por eso también no tenemos que buscar confrontaciones estériles. Pero lo que ni hoy ni nunca es negociable es la fidelidad al camino de Jesús que incluye no solo hacer el bien, sino luchar contra el mal. No con sus mismas armas, sino vencéndolo a base de bien, pero sin silencios cómplices. Que así sea.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.